

## EL ARTE DE DONALD DAVIDSON\*

Robert Morris

«Sólo el hombre tiene el privilegio de lo absurdo.»

Thomas Hobbes

Si, como sostiene Donald Davidson, la verdad es esencial al lenguaje y (de acuerdo con su «principio de caridad»), lo que la mayoría de la gente cree –ese conjunto de actitudes proposicionales cotidianas sobre el mundo– es verdadero, y si el lenguaje hace posible la interacción social que nos proporciona un mundo objetivo (el famoso triángulo de Davidson entre un sujeto, un objeto y un intérprete), donde «verdad», aun siendo un concepto primitivo, es central para una teoría del significado que nos permita entender discursos y hablantes, y si para entender a alguien es necesario considerar sus deseos y creencias como no extraños a los nuestros propios, entonces, dados estos elementos y condiciones inseparables, parece claro que lo que resulta es un sistema. Un sistema que rechazaría tanto el relativismo como el escepticismo, y que estaría organizado en torno a una interpretación de la naturaleza del lenguaje y a una interpretación de la interpretación misma como

\* Texto de la intervención de Robert Morris en el V Karlovy Vary Symposium on Analytic Philosophy, «Interpreting Davidson», celebrado en septiembre de 1996 en Karlovy Vary, en la República Checa.



algo que, en última instancia, es más fundamental que el mismo lenguaje como sistema dado.

La «interpretación radical» de Davidson es una clase particular de sistema inacabado e inacabable; un sistema –por oposición a un «esquema conceptual» sistemático a través del cual se ve el mundo– que concibe el significado como un condensado de conducta social. Lo sistemático aquí es cómo significado, verdad, creencia, deseo, intención, acción, intérprete y mundo están indisolublemente interconectados. Es un sistema que, estratégicamente, emerge desde la perspectiva de la segunda persona y que se mantendría en la claridad del espacio público, fuera de las sombras de un subjetivismo cartesiano. Es un sistema que se construye sobre Wittgenstein (aunque es sistemático) y también sobre Quine (aunque es sensible a la insistemizable multitud de formas en las que se usa el lenguaje).

El sistema de Davidson depende de una defensa tanto de la verdad, como de una amplia racionalidad, si bien no absoluta, que se sigue de ella. Ello implica no sólo que la conducta racional es posible, sino que, siendo el uso del lenguaje una forma de conducta, en realidad nos comportamos racionalmente la mayor parte del tiempo. Al menos, así lo hacemos cuando escuchamos las palabras del otro que, como las nuestras, no siempre expresan la verdad. Negociamos constantemente la interpretación de mentiras, bromas, insultos, sarcasmos y cosas por el estilo. La verdad se halla aquí en nuestra creencia de que, cualquiera que sea el juego del lenguaje que se está jugando, nosotros lo interpretamos correctamente la mayor parte del tiempo. La noción de verdad de Davidson resulta doble: tiene un nivel lingüístico-estructural que emplea caracterizaciones recursivas al estilo de Tarski: «la nieve es blanca» es verdadero si y sólo si la nieve es blanca. La verdad literal de tales enunciados depende de «lo que las palabras pronunciadas significan y de cómo está constituido el mundo»<sup>1</sup>. Pero la interpretación, a menudo, requiere un

---

<sup>1</sup> Davidson, Donald.

Robert Morris (1931) es autor de una larga y versátil trayectoria artística, que desde los años 60 ha sido referencia de muchos movimientos artísticos: escultura minimal, antiforma, earth art, performance. Los materiales, procesos, formas y la naturaleza propia del trabajo artístico han sido objeto de numerosos ensayos desde las influyentes «Notas sobre escultura» (1966-1969). En los últimos años su interés por la filosofía de Donald Davidson se hizo manifiesto en la serie pictórica *Blind Time* (Drawing with Davidson, 1991). *La balsa de la Medusa*, n.º 32, 1994, ha publicado también su ensayo «Escribir con Davidson», así como «El tercer hombre de Donald Davidson» sobre la obra de Morris.



segundo paso. Como señala Davidson, «el discurso, precisa, al menos, dos niveles de interpretación, pues tenemos tanto la cuestión de qué significan las palabras del hablante, como la de qué es lo que el hablante quiere significar cuando las pronuncia»<sup>2</sup>. Si se nos dice una mentira, pero no llegamos a ser engañados, negociamos esta doble interpretación, cambiando el significado literal del enunciado por su opuesto; si somos engañados, es que sólo hemos hecho la mitad del camino, por tomar el enunciado como verdadero en su sentido primero o literal únicamente. Porque se trata del mismo enunciado en ambos casos. Pero los requisitos de racionalidad que fluyen a través del lenguaje se explican, en opinión de Davidson, en niveles más profundos y holistas, en opinión de Davidson, en niveles más profundos y holistas, mediante la conexión entre lenguaje y acción. Ciertamente, el enunciado del mentiroso no abre un espacio en el que falla la racionalidad. Pero las exigencias más convincentes de racionalidad se ven mejor fuera de las estrictas consideraciones lingüísticas de estructura e interpretación que se centran en la verdad. El mejor fundamento de éstas se hace sobre la base de las acciones intencionales del agente, las cuales están más allá del lenguaje.

Y lo que vale para lo racional, también sirve para lo irracional. La reflexión sobre esto último arroja bastante luz sobre lo primero. Dejando al margen la cuestión de la racionalidad y la irracionalidad, Davidson menciona (en sus «Paradoxes of Irrationality»<sup>3</sup>), la explicación de Sócrates, el cual argumentaba que «sólo la ignorancia puede explicar los actos insensatos o perversos». Lo cual contrasta con el «Principio de Medea», que atribuye la irracionalidad a las acciones de un agente abrumado por la alienante fuerza de la pasión. Estos casos se comparan también con la afirmación de Aristóteles, para quien «la debilidad de la voluntad se debe a una especie de olvido». Pero en estos ejemplos no se trata de acciones enteramente intencionales. La paradoja de la irracionalidad consiste en el hecho de que el agente, con pleno conocimiento de que, dadas las circunstancias, sería mejor hacer A, sin embargo, hace B. Aquí el agente viola su principio. O, como dice Davidson: «Porque aunque su motivo para ignorar su principio sea una razón para ignorar el principio, no es una razón contra el principio mismo y por ello, cuando aquél se consideraba de esta segunda forma, es irrelevante como razón, para el principio y para la acción. La racionalidad depende de la

<sup>2</sup> Davidson, Donald.

<sup>3</sup> Davidson, Donald, 1982, «Paradoxes of Irrationality», en *Philosophical Essays on Freud*, Ed. R. Wollheim & J. Hopkins, New York t Cambridge: Cambridge University Press.



distinción entre una razón para tener o actuar en base a un principio y una razón para el principio»<sup>4</sup>. En las acciones irracionales, la relación causal se mantiene, mientras que la relación lógica se distorsiona u olvida. Marcia Cavell lo explica bien cuando dice que «la irracionalidad es un fallo, no una ausencia de racionalidad»<sup>5</sup>. Deben asignarse causas mentales a los actos irracionales, pero estas causas no cuentan como razones. Davidson pasa a dar razón de la posibilidad de tal irracionalidad postulando una «bipartición de la mente». En ella, los dos lados se caracterizan por su consistencia y holismo, aun cuando se oponen el uno al otro.

Davidson no explora ni la etiología de la mente dividida que admite lo irracional, ni la relativa capacidad de mandar que se ejerce sobre el sujeto por una y otra parte. Pero muestra simpatía hacia las «tesis más importantes»<sup>6</sup> de Freud, una de las cuales sería que las creencias irracionales del agente se desarrollan en tempranos procesos de pensamiento (llamados por Freud, «el proceso primario»), dominados por fantasías, temores y deseos. Otra tesis importante de Freud se centraría en los conceptos de inconsciente y represión.

Davidson, directamente, dice muy poco sobre lo que constituye «lo mejor» en aquellos principios del agente que forman sus puntos de referencia para sus acciones intencionales, o sobre cómo lo racional se conecta con y justifica estos principios –aunque rechaza la noción de principios racionales basados en tópicos morales generales o jerárquicos, tales como «no está bien mentir»–. Más aún, afirma que no puede dibujarse ninguna línea indeleble, entre, los así llamados, territorios divididos de la mente, o lo racional y lo irracional en las acciones intencionales, puesto que «todas las acciones intencionales, tanto si tienen como si no un sentido irracional añadido, tienen un elemento racional en su núcleo»<sup>7</sup>. Lo que es común a todos los principios, compuestos de deseos y creencias, es la suposición de la relación causal –como, por ejemplo, creer que robar dinero dará como resultado (será la causa de) que el agente tenga dinero; tanto si es racional, como si no lo es, robar dinero en determinadas circunstancias–. Y puede haber casos en los que el agente considere que robar es una acción racional, la mejor acción,

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Cavell, Marcia, 1993, *The Psychoanalytic Mind*, Cambridge, Massachusetts y London, England: Harvard University Press.

<sup>6</sup> Davidson, Donald, *ibid.*

<sup>7</sup> Davidson, Donald, *ibid.*



dadas las circunstancias. Los valores están ligados a los deseos y las creencias que constituyen los principios del agente. Parecería que la manera en que esos principios de «mejores» acciones se estiman como racionales sólo puede determinarse en relación a una situación dada que se juzga a la luz de los nexos de tal acción con otras creencias y valores. «Mejor» es aquí un término normativo en sentido lógico, más que moral –esto es, se ajusta a otras consecuencias y deseos del agente–. Cualquiera que sea el principio en cuestión, presumiblemente es consistente con otros deseos y creencias del agente. Este holismo es el que proporciona una racionalidad definida en términos de consistencia y pertinencia, para cualquier creencia o principio particular.

«Toda acción tiene causas que la hacen racional, esto es, en términos de las cuales es racional. Por supuesto, estas causas (creencias y deseos) pueden no resultar racionales a la luz de otras creencias y deseos del agente»<sup>8</sup>. En el sistema de Davidson, las leyes no unen las distintas descripciones de lo mental y lo físico. Lo mental sobreviene a estados físicos. Pero mientras que los eventos físicos son susceptibles de una completa descripción según leyes, los eventos mentales, de acuerdo con la noción de «monismo anómalo» de Davidson, no lo son. Las «razones» mentales, siendo irreductibles a mecanismos físicos, son válidas como causas, aunque nunca necesarias y suficientes a la vez.

Davidson ha criticado el relativismo en numerosas ocasiones. Su principio de caridad constituye un bastión contra él. Pero quizá el ataque más explícito se encuentra en su artículo «On the Very Idea of a Conceptual Scheme». Dicho ataque se da en dos frentes: contra el relativismo, por un lado, y una especie de golpe de gracia por el ya moribundo empirismo, por el otro. Los argumentos de Davidson siempre parecen interrelacionados y estratégicos.

«Al abandonar la dependencia del concepto de una realidad ininterpretada, algo fuera de todo esquema o ciencia, no renunciamos a la noción de verdad objetiva –más bien al contrario–. Dado el dogma de un dualismo de esquema y realidad, obtenemos una relatividad conceptual y una verdad relativa a un esquema. Sin el dogma, esta clase de relativismo cae por tierra. Por supuesto, la verdad de los enunciados sigue siendo relativa al lenguaje, pero esto es todo lo objetivo que se puede ser. Rechazando el dualismo de esquema y mundo, no rechazamos el mundo, sino que reestablecemos de inmediato el contacto con

<sup>8</sup> Donald Davidson. Correspondencia con el autor.



los objetos familiares, cuyas peculiaridades hacen nuestros enunciados y opiniones verdaderas o falsas»<sup>9</sup>.

En otro contexto, Davidson encuentra que la famosa afirmación de la muerte del autor hecha por Roland Barthes, y que supone un relativismo exacerbado que deja cualquier texto potencialmente abierto a toda interpretación, es prematura. No menciona explícitamente a Barthes, pero en «Locating Literary Language», afirma lo siguiente:

«Es cierto que cada persona, cada época, cada cultura, harán lo que puedan con un texto; y que las personas, los períodos y las culturas son diferentes. Pero, ¿cómo puede seguirse, de una trivialidad, un relativismo digno de consideración? Si tú y yo intentamos comparar anotaciones sobre nuestra interpretación de un texto, sólo podemos hacerlo en la medida en que hayamos establecido o podamos establecer una amplia base de acuerdo. Si lo que compartimos nos proporciona un patrón común de verdad y objetividad, entonces tener diferencias de opinión tiene sentido. Pero el relativismo sobre patrones supone que no puede haber una posición más allá de todos ellos»<sup>10</sup>.

Si el sistema de Davidson, al defenderse como lo hace, del relativismo y el escepticismo, plantea una posición opuesta a los postulados postmodernistas, su confrontación con las cuestiones de lo irracional, contrastadas con lo racional, deja un amplio campo de investigación abierto. Porque lo racional y lo irracional señalan los extremos de un vasto territorio intermedio: el de lo no-racional. Davidson se ha pronunciado de forma original y controvertida en aquellas ocasiones, infrecuentes, en las que se ha salido de la áspera luz de un estricto discurso filosófico sobre la verdad. Arte y Literatura ocupan este amplio espacio de lo no-racional, donde no es la verdad, sino la metáfora, la que gobierna y lanza ambiguas sombras<sup>11</sup>. Los artículos recogidos en *Literary Theory After Davidson* dan cuenta de la variedad de implicaciones inhe-

<sup>9</sup> Davidson, Donald, 1984, «On the Very Idea Of a Conceptual Scheme», *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford: Clarendon Press (edición castellana: «Sobre la Idea Misma de un Esquema Conceptual», en *De la Verdad y la Interpretación*, Gedisa, 1990.

<sup>10</sup> Davidson, Donald, 1993, «Locating Literary Language», University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

<sup>11</sup> Los límites no son estrictos. Indudablemente, el arte y la literatura se filtran en los límites, tanto de lo racional como de lo irracional. Freud consideraba el territorio de la irracionalidad y el proceso primario la base para la creatividad y la producción artística. Pero resulta claro que gran parte del proceso de construcción y de las estrategias del arte exige procesos racionales que se encuentran más allá de las fuentes de lo irracional y que pueden reivindicarse para los orígenes del arte.



rentes a la obra de Davidson para una de esas áreas de lo no-racional. En un artículo relativamente reciente, «James Joyce and Humpty Dumpty», Davidson ha aplicado su noción de interpretación a los contextos literarios. En dicho artículo, cita a Joyce para ilustrar cómo el arte, el mejor y más desafiante, hace posible, y reclama a la vez, un esfuerzo creativo de interpretación que, sin embargo, detiene en seco las peticiones históricas de «muerte del autor»<sup>12</sup>.

Generalmente, se ha asumido (y quizá todavía se asume, por parte de aquellos que no se han convertido al postmodernismo) que la línea entre verdad y metáfora señala un límite: la filosofía, iluminada por la primera, permanece en una orilla, mientras que el arte se sitúa en los laberínticos territorios de la otra. Con la obra de Davidson, quiero dejar en suspenso tales distinciones, sin vernos abocados a un colapso postmodernista en el que la verdad y la filosofía formen parte de la literatura. Creo que este «dejar en suspenso» está justificado porque, después de las debidas consideraciones hacia su sistema como filosofía, nos queda aún un resto. Tras ensartar las cuestiones de verdad, creencia, deseo, interpretación, intérprete y mundo, otra emerge de este sistema de interconexiones y mira hacia atrás para ver cómo se alza una construcción. Una cuestión que conecta con un nuevo elemento: la estética. En mi opinión, la estética en el sistema de Davidson no es separable de su contenido filosófico. Preside el conjunto, en la voluntad misma de una estructura holista, orgánica. Pero, ¿es arte? Parafraseando a Davidson, diría que no es arte, si éste es lo que los historiadores del arte y los críticos han supuesto. No querría apropiarme del sistema de Davidson como una forma de «arte conceptual». Antes bien, quisiera valorar este resto artístico en su sistema.

Tal valoración no debe sugerir que la verdad pudiera ser desdibujada por el arte, sino que, en los escritos de Davidson, la verdad es alumbrada por medio del arte. Y lo que es más importante, que sus ideas son, de algún modo, artísticas. Creo que esta faceta artística tiene relación, en parte, con la originalidad de algunos de sus conceptos (el principio de caridad, el monismo anómalo, el rechazo de los esquemas conceptuales, el rechazo del lenguaje como una abstracción a priori); y en parte, con la extraordinaria forma en la que los conceptos se conectan entre sí y cómo surgen inesperadamente para reforzarse unos a otros. En cierto modo, esta densidad de interconexiones parece meta-

<sup>12</sup> Davidson, Donald, 1990, «James Joyce and Humpty Dumpty», *Midwest Studies in Philosophy*, vol. XVI, 1-12.



morfosearse, y el sistema se despliega como totalidad con la facilidad y naturalidad con la que se enfoca una imagen sistemática. Las cartas de la baraja del mago se transforman en un pañuelo de seda sin costuras. Las partes de la escultura resuenan unas con otras y se condensan en una totalidad indistinta. Artístico es también el movimiento provocador y el cambio inesperado que puede estallar en los escritos de Davidson –por no mencionar sus, a veces, escandalosas afirmaciones. «A Nice Derangement on Epitaphs» es un artículo que ha llevado a los filósofos a arrebatos defensivos –una situación más típica de los artistas y sus críticos que de los filósofos y sus interlocutores–. En él, Davidson hace su impopular afirmación de que «no hay tal cosa como lenguaje, no si lenguaje es lo que muchos filósofos y lingüistas han supuesto»<sup>13</sup>. Dos suposiciones radicales y correlacionadas se hacen en este texto: 1) que el lenguaje no es una abstracción acabada, a priori, y 2) que la interpretación acertada, el elemento principal del sistema de Davidson, sólo puede negociarse con «ingenio, suerte y prudencia, desde un vocabulario y una gramática privados». Ambas afirmaciones recogen lo estático y lo sistemático de su trabajo. La primera tiene mucho en común con la versatilidad y el carácter inacabado del arte occidental; la segunda, con el acto de la creación artística. Cierta componente creativo resulta necesario no sólo para la interpretación, sino para la propia existencia del lenguaje.

Davidson ha construido un gran modelo que se muestra como una ambiciosa obra de arte. Sin embargo, este modelo, que despliega ciertos aspectos de la «psicología popular», se articula en grupos de relaciones lógicas que no generan «esquemas» o entidades a través de las cuales se aprehendería el mundo. Esta construcción es, a la vez, escueta y compleja, legislativa y transparente: una «cosa» que también es «no-cosa»; un sistema que en sus raíces es móvil y antisistemático. Entendemos a Davidson como a un filósofo, pero él se siente como un artista.

No es más que destacar lo evidente decir que Davidson elabora su filosofía mediante una prosa muy literaria, que se mueve al compás y, a menudo, dentro de un campo de asombrosos ejemplos. Es una escritura ambiciosa tanto en estilo como en contenido. En su solidez y elegancia, en sus saltos imprevisibles y sus argumentos estratégicos, y en sus numerosas referencias culturales, es, sin parangón, la mejor escritura filosófica desde las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein.

<sup>13</sup> Davidson, Donald, 1986, «A Nice Derangement on Epitaphs», *Truth and Interpretation*, Ed. Ernst LePore, Oxford, Basil Blackwood. Ltd.



Los numerosos ejemplos de Davidson en *Essays on Actions and Events*<sup>14</sup> son llamativos y, a menudo, violentos. Policías derribados escaleras abajo, el hundimiento del acorazado Bismarck, hombres a los que disparan o que son atropellados por rebaños de cerdos salvajes en estampida, escaladores de cuerda en peligro de ser dejados caer por sus compañeros, incendios y casas que se prenden. El anónimo Mr. Smith es asesinado en más de una ocasión. Leopardos que se regalan a esposas y futuros tiranos que corren el peligro de ser asesinados. Por no mencionar los numerosos ejemplos extraídos de la literatura citados en el ensayo. Hamlet se carga a Polonius, Medea se vuelve loca y Edipo hace lo que le corresponde. Los pecadores de Dante se retuercen, Brutus apuñala a César y la reina vierte veneno en la oreja del rey. Todos estos ejemplos ilustran aspectos de un discurso dedicado a cuestiones de la verdad y la racionalidad. La calma y la acción razonable pueden resultar difíciles de encontrar en un mundo salvaje y amenazante, donde abunda una irracionalidad asesina; pero nuestra capacidad para dar un sentido razonable a tales intenciones, sucesos y acciones, resiste. No sé si hay en esto cierta ironía. Quizá es más bien una especie de frío aunque heroico alivio que los textos de Davidson ofrecen. Podemos vivir en el fin de siglo más sangriento de la historia –Elizabeth Bishop lo llama «el peor hasta ahora»– pero somos capaces de discernir la verdad tras las acciones y acontecimientos más impactantes y brutales. Dando un paso más que Hobbes, podemos interpretar la inagotable lista de absurdos del hombre con resuelta precisión. Que la interpretación radical no se haya utilizado hasta ahora en este sentido tan extravagante, no significa que no pudiera requerirse para funcionar así.

«Las metáforas», dice Davidson, «son el sueño del lenguaje», y aún así, «significan lo que las palabras, en su interpretación más literal, significan, y nada más»<sup>15</sup>. Las metáforas nos inducen a ver una cosa como otra, abren el mundo y revelan asombrosos paisajes del terreno de lo no-racional. ¿Puede la obra de Davidson –pese a su defensa de la verdad, su claridad, su amplitud, envergadura y audacia– ser entendida como una metáfora? Iría contra sus intenciones considerar su modelo de forma icónica o artística. A pesar de todo, no puedo evitar pregun-

<sup>14</sup> Davidson, Donald, 1980, *Essays on Actions and Events*, Oxford and New York: Oxford University Press (edición castellana: *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*, Grijalbo y UNAM, 1995).

<sup>15</sup> Davidson, Donald, 1978, «What Metaphors Mean», *Inquiries into Truth and Interpretation*.



tarme cómo este sistema, refinado y versátil, firmemente anclado en la verdad y la racionalidad, configura también una imagen —una imagen de consistencia, resistencia y fuerza, fuertemente amarrada e insensible a las violentas olas del siglo XX (la imagen de Parménides sujetando su suelo en medio de un otrente desencadenado por Heráclito, viene a la mente). Y aquí pasamos de las metáforas hobessianas a las utópicas. Porque si la racionalidad que rezuma el sistema de Davidson no ha influido en muchas de aquellas acciones significativas desde el punto de vista histórico, entonces aún está disponible potencialmente.

Entendemos el sistema de Davidson por lo que sus palabras significan —pero Davidson también dice que es así como debemos entender las metáforas—. Pero, ¿podemos usarlo como una cosa para ver otra? James Joyce veía la historia con una pesadilla de la que intentaba despertar, mientras que el insomne poeta, Delmore Schwartz, lo corrige: la historia es una pesadilla dentro de la cual estaba intentando conciliar un buen sueño. En ambos casos tenemos la metáfora de la historia como pesadilla. Y el futuro, con sus escalofriantes augurios demográficos y ecológicos, sus crisis económicas, sociales, políticas y morales oscureciendo el horizonte, promete continuar la pesadilla incansablemente. ¿Podría entenderse el sistema de Davidson como una luz que brilla entre las tinieblas? Una luz para arrojar a la pesadilla de la historia: una metáfora para iluminar otra.

Es demasiado fácil ver este resplandor como hobbesiano, como iluminando el juego de las fuerzas de lo racional y lo irracional, tras la conducta que ha llevado a las ruinas y las brasas apagadas de nuestro tiempo. Quizá sea demasiado tosco entender esta luz como una utopía, como un potencial de resistencia para afrontar la oscuridad del futuro. Tal esperanza resulta ilusoria.

En el film de 1955, *Mr. Arkadian*, O. Wells cuenta la historia de un escorpión que llega a un río y pide a una rana que le cruce, cargándolo sobre su espalda. Reconstruyo: «No creo que lo haga», contesta la rana, «me picarías y ambos moriríamos ahogados». «¿Tú crees que eso sería lógico, si lo que quiero es llegar a la otra orilla?». «De acuerdo», admite la rana, y comienzan a cruzar. En medio del río, la rana siente una picadura que la paraliza. Mientras se hunden, la rana le pregunta: «¿Era lógico?». «No», contesta el escorpión «pero es mi naturaleza, ¿qué podía hacer?». Claramente, la historia del escorpión es el ejemplo de una mente profundamente dividida, así como una parábola histórica familiar.



Al final, Freud no mostró gran esperanza en que las acciones racionales fuesen predominantes en nuestra conducta. No es necesario postular una antropología sobre la naturaleza humana, sino tan sólo echar un vistazo a la historia, para estar de acuerdo con él. Estamos suspendidos sobre el abismo del futuro, esperando y deseando que surjan soluciones racionales, aunque ninguna parece llegar. Sin embargo, Freud sí que ofreció la pequeña esperanza personal de que podíamos conseguir cierto grado de conocimiento y gobernar parte de nuestra conducta irracional. No hay implicaciones, en la perspectiva de Davidson –a través de esa operación de interconexión holista de deseos, acciones, creencias y verdad– para ninguna clase de racionalidad terapéutica. Lo racional es normativo en el sistema de Davidson, sólo en cuanto que conjunto de relaciones lógicas. La dinámica de desarrollo del agente, cómo se configura lo irracional o en qué medida esto interfiere en su conducta más intencional, son cuestiones que quedan fuera de dicho sistema. Como Marcia Cavell ha señalado, «En qué medida aquellas primeras estructuras (los temores y fantasías del agente que fueron tempranamente reprimidos) afectan a la conducta y hasta qué punto, cuando lo hacen, modifican la responsabilidad del agente sobre su actuación, son cuestiones complicadas...»<sup>16</sup>.

La filosofía, como se quejaba Marx, se propone entender el mundo, no cambiarlo. En este sentido, el modelo de Davidson permanece fuera de la historia, lanzando un tenue destello sobre su lado oscuro. Pero entender este reflejo como si fuera irónico o utópico es malentender la determinación con que se posiciona su sistema –un sistema que no cede en su resistencia al relativismo y al escepticismo, que sitúa el concepto de verdad en el centro de nuestra comprensión de los demás. Conforme nos adentramos en el oscuro y turbulento futuro, haríamos bien en retener estas nociones que, entendidas como nociones filosóficas, con barniz estético, son también, por debajo de su lógica, asunciones morales.

Traducción de Lilian Bermejo Luque

<sup>16</sup> Cavell, Marcia, *ibid.*